

"El huevo rojo" (1940-41) su gran crítica a los Acuerdos de Múnich. Pintó una alegoría de Hitler y Mussolini y simbolizó con sarcasmo a Francia e Inglaterra, mientras arde Praga.

EN GUGGENHEIM DE BILBAO | Pintor de "almas"

# OSKAR KOKOSCHKA: vigencia de un expresionista radical

Figura clave en la pintura europea del siglo XX, fundador de la "Escuela de la mirada", la exposición del Guggenheim revisita a este autor de un expresionismo comprometido con la tragedia de la Segunda Guerra Mundial y del siglo XX. Más de 150 piezas reviven su trayectoria, que habla de su tiempo y de un arte que abrió rutas asombrosas.

CECILIA VALDÉS URRUTIA

El artista y poeta vienes Oskar Kokoschka (1886-1980) pintó alegorías extremas sobre el ambiente previo y el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Una de sus pinturas más irreverentes fue "El huevo rojo", 1940-41: dibujó una mesa donde los comensales son Hitler, quien aparece vociferando, mientras Mussolini permanece atónito frente a un huevo rojo alrededor del cual rondan "dos ratas veloces en su codicia". Bajo la mesa un gran gato descansa (simbolizando a "Francia que violó su pacto al firmar los acuerdos de Munich de 1938, que aceptaban la anexión de los Sudetes checoslovacos a Alemania") y un poco más atrás hay un león coronado que tiene en la cola el signo de la libra esterlina, aludiendo a Gran Bretaña. Se observa, a lo lejos, Praga en llamas. Kokoschka buscó denunciar en esa pintura alegórica "no solo a Italia y Alemania como culpables del ascenso del fascismo, sino también a Francia y a Gran Bretaña por su complacencia con los acuerdos de Múnich", firmados en 1938. Y pintó ese lienzo con una pincelada vibrante y estremecedora.

Este artista lúcido y rebelde había iniciado su carrera en la Viena imperial, en tiempos en que esa ciudad bullía de creatividad: cuando nacía el psicoanálisis de Freud, vivía uno de los creadores de la filosofía analítica, Ludwig Wittgenstein; destacaba la literatura de Arthur Schnitzler, y los pintores modernistas Klimt y Schiele, entre muchos otros. Pero Kokoschka —aunque alimentado por ese rico mundo cultural— se movía para su arte y escritura más por el dolor y sus experiencias desgarradoras. Y se transformó en uno de los expresionistas más radicales. Pasó a integrar después la temida lista de los "artistas degenerados" perseguidos por el nazismo.

Dibujó, pintó y escribió sobre su dolor ante el hambre, la crueldad del mundo y la guerra. Y fue consecuente donando valiosas obras de su autoría a entidades como la Cruz Roja y entidades de acogida de niños afectados por el hambre durante la guerra. Tenía, además, una singular sensibilidad religiosa, le han llamado "pintor de almas". El tema de la muerte era una constante, como lo fue en otros

precursores del expresionismo como el belga James Ensor.

Pero el tiempo fue instalando una capa de silencio en torno a la obra maestra de Kokoschka, y a su personalidad. El Museo Guggenheim de Bilbao y el Museo de Arte Moderno de París decidieron revisar su historia y exponer más de 160 obras que dibujan su asombrosa trayectoria que constituye un testimonio de su tiempo. Para los más conocedores, él fue uno de los mejores pintores de su época y de la historia reciente.

## ■ El interior de sus personajes retratados

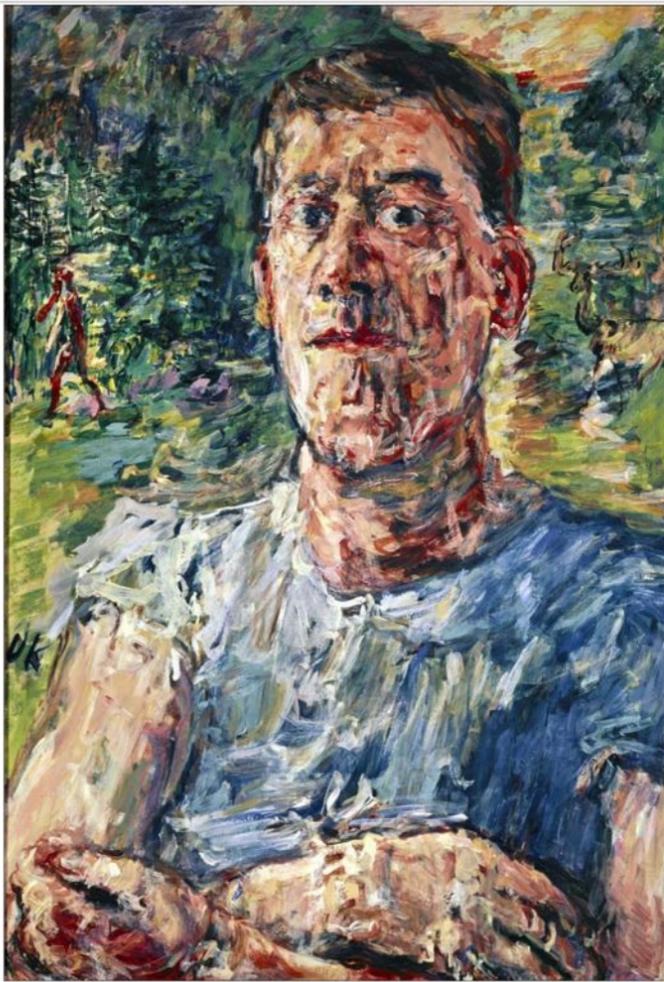
La exposición en el Guggenheim invita a transitar por sus primeros retratos en el capítulo "Un enfant terrible en Viena", entre 1907 y 1916. En aquellos años el movimiento modernista en Austria, conocido como la Secesión vienesa, buscaba la unidad de las Bellas Artes a través de un lenguaje con formas orgánicas entre el arte y la arquitectura. Pero Kokoschka se reveló contra ello "y se afirmó en un lenguaje distinto a través de la crudeza de sus dibujos y textos, que anticiparían el movimiento expresionista", subraya la curaduría.

Esas primeras obras escandalizaron al público y la crítica lo denominó "salvaje". Aunque tuvo algunos partidarios como el arquitecto austríaco Adolf Loos (1870-1933). Su apoyo impulsó a que numerosos integrantes de la sociedad vienesa le hicieran encargos, pero ellos no siempre quedaban conformes con la manera incisiva en que lo pintaba.

Kokoschka cruzaba un manierismo exagerado con su expresionismo para hacer surgir el mundo interior de la persona retratada.

Esos retratos resquebrajados y en capas que develaban más allá que solo el exterior de sus clientes, no eran del gusto común y surgían, además, en momentos en que esa obra era eclipsada por los exitosos modernistas Klimt y Schiele. Pero él, con certeza, "había superado los ideales clásicos en la pintura de retratos y los expresaba como un instrumento capaz de revelar el yo interior del modelo analítico", sostiene la curaduría.

Y entre los primeros retratos exponen el de Adolf Loos, en 1909, y "La novia del



El mismo se autorretrató como "Artista degenerado", 1937, cuando empezaban las listas negras del nazismo que censuraban a los pintores contrarios.

su gran amor...

Kokoschka también fue autor de hermosos paisajes que evocaban su entorno, como los verdes de los Alpes en "El paseo de los Dolomitas". Siguió en su estilo genuino. Y el único adjetivo que aceptó fue el de expresionista: "Soy un expresionista porque no sé hacer otra cosa que expresar la vida", decía. Y trabajaba "con la crispación de las líneas a su máximo y la insistencia nerviosa en el detalle...", destaca el museo. Entre sus influencias reconocía a Goya y sus alusiones a la guerra. Durante sus visitas al Museo del Prado decía que lo consideraba su maestro.

## ■ Dresde: sanatorio y luz

Kokoschka, a pesar de su aversión a la guerra, respondió al llamado del Imperio austrohúngaro y se alistó en las filas durante la Primera Guerra Mundial. Fue herido gravemente. Cayó en una profunda depresión, al punto que debió internarse en un sanatorio en Dresde. El ambiente de esa ciudad, de refinada belleza y profunda cultura, lo hizo renacer: asistió a la ópera, disfrutaba de los conciertos, recorría los riquísimos museos, donde contemplaba las obras de Rubens, Tiziano y Rafael. Ello lo tradujo en composiciones que exponen un intenso cromatismo, donde dibuja a músicos junto a niños; se pinta realizando un autorretrato y tras él dibuja a una mujer dañada en "El pintor y su modelo". Se encontraba en búsqueda de nuevas formas de expresión plástica y se había planteado "resolver los problemas del espacio y la profundidad pictórica con colores puros para traspasar el misterio del carácter plano del lienzo", precisa el museo.

Posteriormente, sus años en Francia entretejen otro capítulo en la exposición. Vivió en París entre 1923 y 1934, gracias a que contaba con el apoyo del mecenas y galerista Paul Cassirer. Viajó por Europa, fue a África y al Oriente. Pintó composiciones con una rica paleta y con toques de luz, como una conocida vista de París al anochecer; retrató a personajes del Medio Oriente... Pero en 1934 murió su mecenas y se encontró sin recursos, lo que lo obligó a volver a Viena. El regreso fue sombrío. La otrora luminosa y bullente capital del Imperio austrohúngaro estaba devastada. Era el auge del fascismo. Se trasladó a Praga.

En sus años de "Resistencia en Praga", que aborda el Guggenheim, cuando Hitler había llegado al poder, el artista se comprometió públicamente a luchar contra el fascismo. Escribió en mayo de 1933 un artículo en el diario alemán Frankfurter Zeitung en apoyo al pintor expresionista de origen judío Max Lieberman, un referente intelectual y moral a quien el nazismo había obligado a dejar la Academia prusiana.

Kokoschka todavía podía observar, desde Praga, cómo el nazismo iba asfixiando a Europa. Su arte se volvió más combativo. Lo invitaron a participar en una exposición del llamado "arte degenerado" con nueve cuadros suyos y el pintor incluyó en el envío la pintura "Autorretrato de un artista degenerado" (1937): era su respuesta al momento, pintada con pinceladas nerviosas en una composición con varias capas de lecturas. Una de las obras que más destaca el Guggenheim.

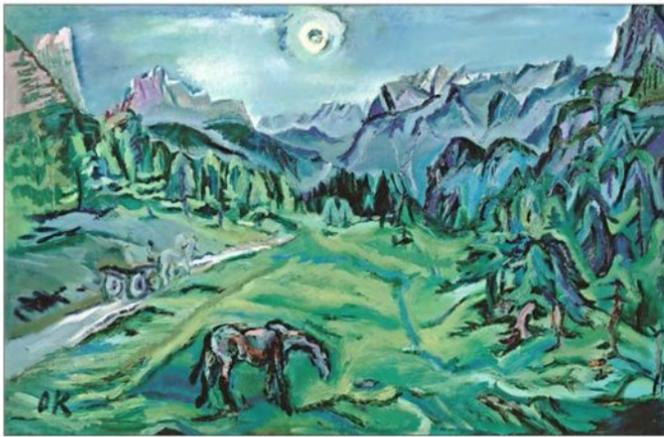
## ■ Escuela de la mirada

La muestra traza también sus años de exilio en Inglaterra, entre 1938 y 1946. Fue un tiempo duro. Hizo pinturas alegóricas y fuertes sobre la guerra, como "El cangrejo" (1939-40) y el mítico "El huevo rojo".

En 1947 le dieron la ciudadanía británica. Volvió a Viena, pero no quiso quedarse allí. El pasado reciente le pesaba. Se instaló en Suiza, hasta su muerte en 1980, y su lenguaje pictórico se volvió a revelar, entonces, contra la abstracción imperante. La Kunststalle de Basilea le hizo una retrospectiva que lo consagró como "protagonista clave en la reconstrucción de la cultura europea". En 1949, el MoMA expuso una antología que lo ubicó como un influyente artista internacional.

1953 fue clave: fundó en Suiza la "Escuela de la mirada". Se centraba en la enseñanza basada en las imágenes y en la observación. "Tomó como punto de partida la metodología del educador y filósofo del siglo XVII Jan Amos Komens, más conocido como Comenio". Incentivado por su visión europeizante, pintó escenas mitológicas y tragedias griegas, desde el mito de Prometeo hasta la comedia de Aristófanes: "Las ranas". Analizaba la coyuntura europea.

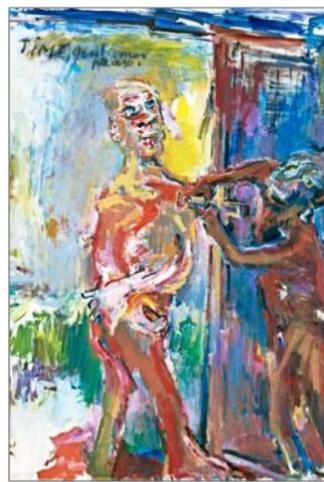
Sus últimos trabajos pictóricos volvieron a ser radicales: figuras desgarradas; pueblos desolados. Pero como dice la curaduría del Guggenheim: sus creaciones y la fuerza de su pincelada estaban abriendo el camino a una nueva generación de artistas. Y esa innovación no solo estaba impregnando a las generaciones siguientes, sino que permaneció subyacente hasta fines del siglo XX. Hoy ese expresionismo dramático y poético reaparece y tal vez cruce una parte sustantiva de la escena de las artes visuales.



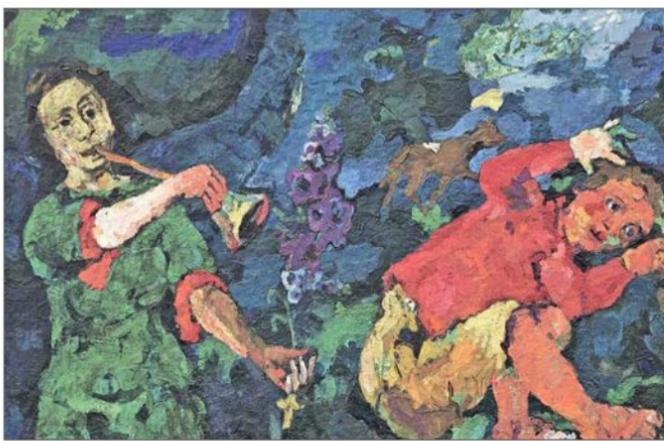
"Paisaje de los Dolomitas", en los Alpes, pintado con su singular uso del color y la luz. Kokoschka es considerado también un gran paisajista.



Sus primeros retratos fueron mal recibidos: quería reflejar el interior de sus clientes.



"Tiempo, señor, por favor", 1972. Volvió a una postura pictórica más radical.



"El poder de la música", 1918. Seguidor de la música clásica y la ópera, contraponen esa afición con la realidad de los niños hambrientos de esos años.

viento", sobre Alma Mahler, de 1912. Este último es sobre la musa y viuda del compositor Gustav Mahler, con quien tuvo una apasionada y tormentosa relación en Viena, durante dos años. Habría sido amor a primera vista y con un hecho que habla de sensibilidades compartidas:

sucedió en el momento en que Alma interpretaba en el piano la última aria de la ópera "Tristán e Isolda", de Wagner. Pero ni esos momentos pudieron contra el carácter obsesivo y celoso de Kokoschka. Alma no pudo soportar al artista ni su modo de vida, a pesar de que habría sido